

Entre luces y sombras, Cristo sigue iluminando a la Iglesia.

por Jesús María Silveyra

“La Iglesia es santa y pecadora”, hemos escuchado decir miles de veces, en referencia a las virtudes y defectos de los hombres que la componemos. Cualquiera de nosotros puede ser santo y pecador o puede realizar actos buenos y malos, aunque haya quienes tienen una tendencia mayor hacia el bien, sea por gracia, por ascesis personal o por una combinación de ambas. “Quien esté libre de pecado que arroje contra ella la primera piedra”, les dijo nuestro Señor Jesucristo a los que estaban por lapidar a la mujer adúltera. Entonces, no puede extrañarnos que cualquier persona humana, sujeta como está a la debilidad, pueda hacer algo indebido, aún las cosas más aberrantes e inverosímiles. Dependerá de Dios, cuya misericordia es infinita, juzgarlo en base al arrepentimiento y a la posibilidad de reparación de la falta cometida. Baste con recordar el doble pecado del rey David y el perdón de Dios, para asomarnos a tal misterio insondable para el hombre y del que hablara magistralmente el difunto Juan Pablo II en su encíclica *Dives in Misericordia*.

Sin embargo, una cosa es opinar sobre las acciones privadas de los hombres y otra sobre los actos públicos, sobre todo, cuando se tienen responsabilidades jerárquicas sea en el Estado o en la Iglesia. Es que el “escándalo” (del griego skándalon) no sólo escandaliza, sino que, en el caso de la Iglesia, lastima al cuerpo místico de Cristo y pone obstáculos en su caminar. El Señor le dijo en una oportunidad a Pedro: “¡Apártate de mí Satanás! ¡Escándalo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres” (Mateo 16,23). En otras traducciones bíblicas se habla de “tropiezo”, pues el escándalo de las palabras de san Pedro, era motivo de tropiezo para su misión salvadora, ya que le traía a colación los pensamientos de los hombres. Pues bien, así como los pensamientos pueden ser motivo de escándalo también lo son las acciones que saltan a la vista de la opinión pública, sobre todo cuando están ligadas a la concupiscencia de la carne del clero.

Según una de las definiciones que nos da el diccionario de la Real Academia española, el escándalo es la “acción, situación o comentario que provoca rechazo e indignación pública, por su amoralidad o su inconveniencia”. Y ciertamente es escandaloso escuchar o leer que un sacerdote o un obispo tienen relaciones homosexuales, pedófilas o heterosexuales, muchas veces con hijos no reconocidos que van apareciendo. Como escandalizan también las intrigas vaticanas, las luchas por el poder eclesial o los delitos financieros cometidos por algún religioso. Sin embargo, ello no basta para poner en jaque a una Institución milenaria que, contra viento y marea, sigue andando, inspirada e iluminada por el Espíritu divino (aunque con el “pensamiento de los hombres” se dude de ello).

El escándalo cometido por algún miembro del clero, produce comentarios de todo tipo (como el reciente caso del obispo argentino que acaba de presentar su renuncia, aceptada inmediatamente por el Vaticano) pero, más aún, deja secuelas que nos invitan a la reflexión. Desde el “pensamiento de los hombres”, se analiza la conveniencia o no de mantener el celibato sacerdotal, la posibilidad o no de que un sacerdote pueda conservar la castidad, canalizando su eros en el amor a Dios y en el ágape con su comunidad. Materia discutible por cierto, dada la amplitud de experiencias religiosas a lo largo de los tiempos, no sólo dentro del catolicismo sino fuera de él (desde el celibato que practican los monjes budistas hasta la opcionalidad de casarse que existe en las iglesias orientales y ortodoxas, con excepción hecha para los obispos). En cambio, desde el “pensamiento de Dios”, alguna frase evangélica salida de la boca de Jesucristo puede ayudarnos a remontar nuestra reflexión hacia lo alto, que es, en definitiva, hacia dónde queremos llegar: “...hay otros que decidieron no casarse a causa del Reino de los Cielos. ¡El que pueda entender, que entienda” (Mateo 19,12).

Más allá de cuál pueda ser nuestra opinión personal, creo que en momentos de tropiezo, la mejor forma de levantarnos, es recordando en quién tenemos puesta la esperanza y a quién seguimos. Cristo, en tal sentido, con su palabra iluminadora nos recuerda que se encarnó en el seno de María y se puso en medio de nosotros, no para condenarnos, sino para salvarnos de una vez y para siempre. Por lo tanto, seguir a Cristo, jamás podrá ser motivo de escándalo. Por eso, en una oportunidad, le dijo a sus discípulos: “Vayan a contar a Juan lo que ustedes han visto y oído: los ciegos ven y los paralíticos caminan; los leprosos son purificados y los sordos oyen; los muertos resucitan y la Buena Noticia es anunciada a los pobres. ¡Y feliz aquel para quien yo no sea motivo de tropiezo!” (Mateo 11, 4-6)

En momentos en que la Iglesia es atacada y debe sortear todo tipo de escándalos que se le presentan, desde fuera y desde dentro, creo, humildemente, que hay que pedirle a Dios la gracia de que nos fortalezca la fe, la esperanza y el amor en Cristo, motivo de elevación para todo aquel que quiera dejarse liberar, sanar y salvar por Él.